Discurso de Colación de Grado
Romina Cavalli
Vicerrectora Académica
Universidad del Salvador

Señoras, señores, muy buenas tardes
Estimados graduados, bienvenidos.

Es un honor dirigir este mensaje a cada uno de ustedes y compartir uno de los momentos más importantes de la vida universitaria.

Cada ceremonia de graduación es diferente y especial, aunque a simple vista todas parezcan iguales y más allá de lo formal, compartirlo con ustedes, con sus familias y amigos es un gusto que nos damos y una emoción que vivimos.

La Universidad del Salvador certifica que cada uno de ustedes, en su propia esfera profesional, ha alcanzado el nivel necesario para desempeñarse al servicio de la sociedad de la que forma parte. Detrás de esa certificación formal hay algo que ningún diploma alcanza a reflejar del todo: años de esfuerzo, de constancia, de preguntas y de hallazgos. Y hay también familias, amigos y afectos que sostuvieron cada etapa y que hoy, con toda razón, sienten este logro como propio.

Por eso este acto no es un simple trámite. Es un momento de reconocimiento y de gratitud, en el que la Universidad se detiene para mirar a cada uno de ustedes y decirles: lo lograron, y no estuvieron solos.

Este año 2026 tiene, además, un significado particular para nuestra comunidad: la Universidad del Salvador celebra sus 70 años. Siete décadas en las que procuró ofrecer a la sociedad algo más que formación técnica: un sentido de la vida, y en especial de la vida en auténtica comunidad. Es una tarea que nos enorgullece y, al mismo tiempo, nos compromete: construir sentido humanista y cristiano en y para la sociedad que integramos.

Esa tarea tiene raíces profundas en la espiritualidad ignaciana que nos dio origen y que sigue dando forma a nuestra Carta de Principios. Nuestro lema lo resume con una claridad que no ha perdido vigencia: «dar ciencia a la mente y virtud al corazón». No es una fórmula decorativa: es un programa de trabajo y, también, una exigencia.

Para nosotros, la unidad de medida de toda la tarea universitaria es la persona, cada persona. Darle «ciencia a la mente» significa ofrecerle una base analítica y conceptual sólida, capacidad de discernimiento y un pensamiento verdaderamente crítico. Darle «virtud al corazón» significa despertar en ella el compromiso solidario con sus semejantes, en particular con quienes más lo necesitan; un sentido de trascendencia que le permita reconocer la raíz común de nuestra condición humana, por ser todos hijos del mismo Padre; y un amor genuino por la carrera elegida y por quienes serán destinatarios de su trabajo.

Por eso quisimos que esta universidad fuera un ámbito de libertad para debatir. Rechazamos el pensamiento único, porque es contrario a un verdadero clima universitario, y

creemos que sin escucha y sin diálogo no hay bien común posible. Entendemos la unidad en la diversidad como la capacidad de conducir las diferencias, no de suprimirlas. Pero esa libertad necesita un marco firme de conceptos, de métodos y de valores; sin él, se vuelve desorden.

Nuestro sello humanista nos fija hoy un propósito que adquiere un valor todavía mayor: formar personas aptas para pensar. Vivimos rodeados de respuestas instantáneas y de herramientas que procesan información a una velocidad asombrosa. Precisamente por eso se vuelve imprescindible saber formular preguntas, analizar críticamente y construir los propios argumentos. No se trata de imponer cómo pensar, sino de ofrecer los instrumentos para distinguir la verdad del error, buscar los fundamentos de una afirmación y diferenciar los hechos de las interpretaciones y de las opiniones, propias y ajenas.

Esos instrumentos no dependen de la acumulación de datos ni de encuadres estadísticos. Nos permiten generar ideas y desarrollarlas con criterio propio, y echar mano de aquello que ningún algoritmo puede imitar: nuestras emociones, nuestro asombro, todo lo que escapa a cualquier pretensión de almacenamiento estructurado. La inteligencia artificial no se emociona, no duda, no se equivoca, no se arrepiente: esas son riquezas únicamente humanas. Nuestro pensamiento no es computable. Y para ejercerlo necesitamos espacios de silencio y de libertad, donde reflexionar sobre nosotros mismos, nuestra vida y nuestro futuro sin que la estridencia de la época nos lo impida. La Universidad está llamada a acoger y cuidar esos espacios.

Ustedes se llevan mucho más que contenidos. Se llevan una manera de mirar la realidad, aprendida en el aula, en el diálogo con sus profesores y en el intercambio con sus compañeros. Les pedimos que la conserven y la hagan crecer: que no se conformen con respuestas fáciles y que sigan buscando, con honestidad intelectual, lo que es verdadero y lo que es justo.

El título que hoy reciben los habilita para ejercer una profesión, pero también los compromete. La sociedad necesita profesionales idóneos y, además, personas íntegras, capaces de poner su saber al servicio del bien común y de tender la mano a quien lo necesita. Ese es, quizás, el modo más concreto de honrar lo que aprendieron aquí.

Quiero agradecer a las familias, que acompañaron este recorrido con paciencia y generosidad; a los docentes y al personal de la Universidad, que lo hicieron posible con su trabajo cotidiano; y a ustedes, graduados, por la dedicación con que asumieron su formación.

Junto con nuestros mejores augurios para la etapa que comienza, les ofrecemos las puertas abiertas de esta casa que eligieron para formarse. Seguiremos considerándolos nuestros queridos alumnos y seguiremos a su disposición, como hasta ahora. No lo olviden.

Que Dios, fuente última de todo saber, los acompañe siempre. En nombre de la Universidad del Salvador, los despido con todo afecto.

¡Felicitaciones!